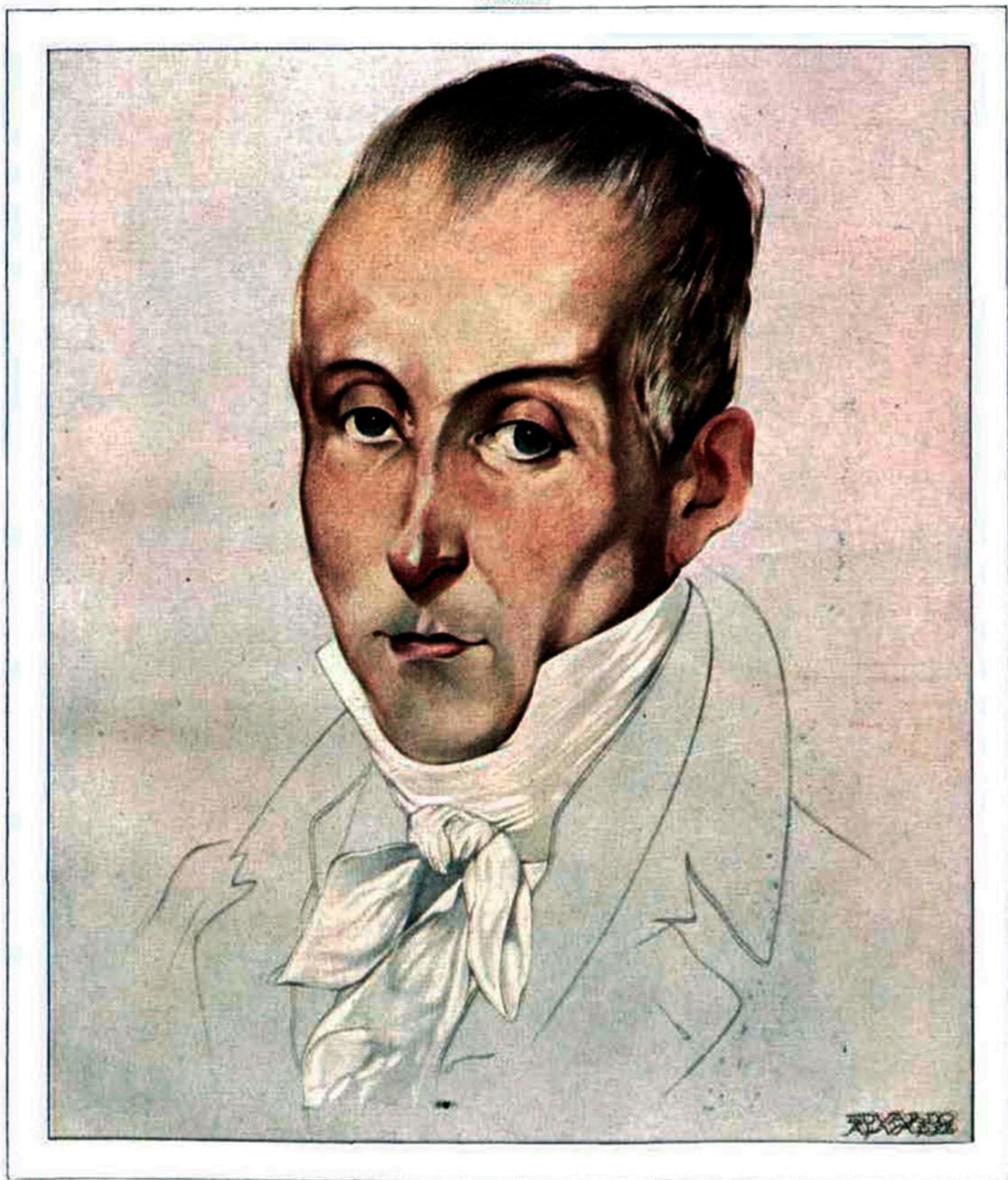


CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



Nuestros Próceres² Vieytes

Don Hipólito Vieytes nació en San Antonio de Areco, el 12 de agosto de 1762. Siguió estudios en el colegio real de San Carlos, donde se graduó en filosofía y jurisprudencia. Poseía un espíritu ávido de conocimientos y se hizo experto en cuestiones políticas y agronómicas. En 1802 fundó el interesante "Semanario de Agricultura, Industria y Comercio", que duró hasta las invasiones inglesas. Producido el ataque británico, don Hipólito combatió bravamente con el grado de capitán de milicias. Fué uno de los precursores de la Revolución; luego, uno de los miembros más prominentes del gobierno patrio.

El silencio del doctor Lisandro de la Torre

Un viaje a la Luna.—La dulzura de la soledad.—En las sierras de Córdoba.—El cortador de leña.—Su regreso a Buenos Aires.

Por JUAN JOSE DE SOIZA REILLY



Fotografía de Lisandro de la Torre en la infancia. (Foto facilitada por el coleccionista señor Julio García Apetseche).



El doctor de la Torre poco tiempo después de su duelo con el doctor Hipólito Yrigoyen, lance que se realizó por diferencia de opiniones en cuestiones de índole constitucional. El doctor De la Torre salió herido.



Las únicas veces que abandonó su retiro campestre, fué para votar en Rosario.



Tranquilo.



Enérgico.



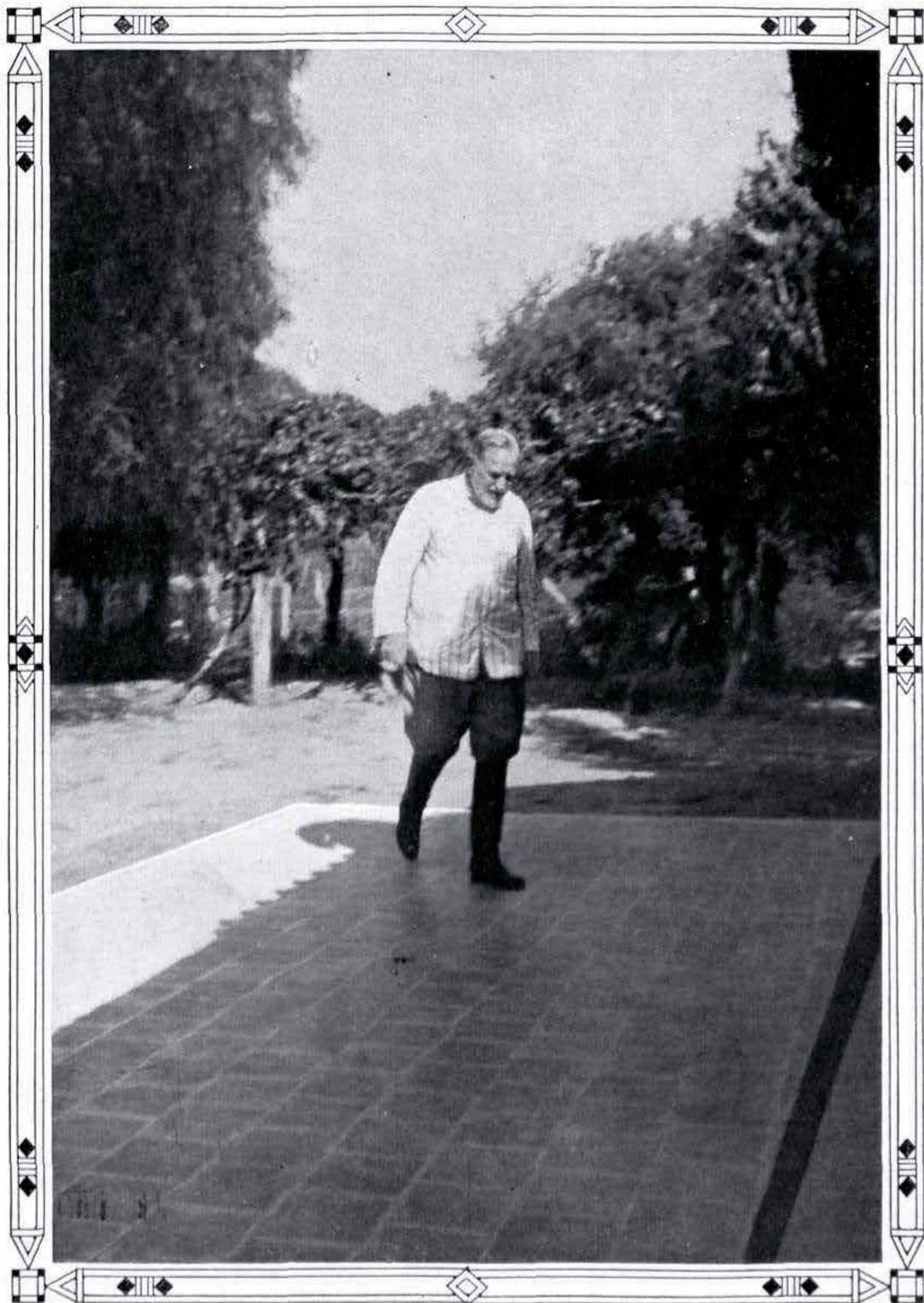
Irónico.



Agresivo.



Silencioso.



El eminente ciudadano doctor Lisandro de la Torre — triste, solitario, sombrío, huraño, esquivo a todos los halagos de su gran prestigio — ha vivido cinco años cortando leña y sembrando trigo en un lejano campo de las sierras cordobesas, estación Kilómetro 619, F. C. N. A.

Un personaje de Ibsen

ME dijeron:
— *El doctor Lisandro de la Torre ha vuelto de su viaje a la Luna.*

La personalidad política de este ciudadano eminente ha sido siempre interesante. Hombre enérgico, nacido para la acción, tiene en sus ideas y en sus ademanes la novedad teatral de un espectáculo de la naturaleza. El vigor de sus discursos llévanos a pensar en la ruda pujanza de los vientos magníficos y ciegos que soplan en la Biblia. Hace, más o menos, seis años, pronunció en la Cámara su último discurso. Fué una elegía sonora, pesimista, romántica, casi testamentaria. Más que discurso aquello fué una maravillosa noche de tormenta tatuada de relámpagos y erizada de truenos:

— *¡Me voy a la soledad — gritó al país — para no volver nunca!*

Recordó en seguida las palabras idealistas de un personaje sin ideales de Ibsen. Evocó la tragedia moral del protagonista de *Un enemigo del pueblo* que, abatido por la desilusión, renuncia a guiar a sus conciudadanos para buscar amparo en el silencio de su propia amargura. Dolorido por la victoria de sus adversarios, acaricia la cabeza rubia de su hijita, diciendo:

— *¡Oh, dulce soledad! ¡Tú eres la única gloria de la vida!*

El doctor de la Torre comprendió que la realidad moderna de las multitudes argentinas no era la realidad creada por sus

sueños de apóstol. Sus ojos vieron un panorama triste, subconsciente, futuro. En el prólogo de su bello discurso sobre la yerba mate — publicando en folleto, — estampa un estupendo cuadro del país. Es una aguafuerte donde el arte exquisito de un Alberto Durero dibuja con ácido nítrico las fantasmagorías del Apocalipsis. Es, en fin, la Nación pasando por un túnel en 1924...

Entristecido, amargado, el doctor de la Torre resignóse a cargar con dignidad la cruz de los profetas. Abandonó sus triunfos oratorios. Cerró su estudio de jurisprudencia. Desechó las tentaciones que le ofrecía su prestigioso nombre de abogado. Y un día desapareció de Buenos Aires, envainado en su poncho.

— *¿Y el doctor de la Torre?*

Sus amigos más íntimos encontraron cerrada la puerta de su residencia, en la calle Esmeralda, al lado de la Asistencia Pública. Se supo que el tribuno glorioso habíase marchado a Córdoba para enterrarse vivo, en las más distantes sierras provincianas. Poseía en aquella región unas cuantas hectáreas de monte agresivo y salvaje. Allá se fué a pulirlas como Cincinato, indiferente al asombro de los lictores que le llevaban las insignias de emperador romano... Con la tranquilidad serena de las almas estoicas, que renuncian al goce de los arcos de triunfo, el doctor de la Torre

se puso a cortar lena. Trocó, cual Guillermo II, su trono por un hacha.

Cuenta quien le vió en su agreste soledad que, desde el amanecer hasta la noche, sus hachazos vibraban en el monte. Sus sesenta años de hombre sano y robusto ardían en la labor con el mismo brío de sus años mozos. Si alguien llegaba a consultarlo sobre los graves problemas del país, respondía con un gruñido seco. Cumplía su promesa de renunciar, en absoluto, a la vida política.

— *El leñador* — pensaba el doctor de la Torre — *es también un admirable soldado de la patria. ¿Acaso para serlo necesita interesarse por los asuntos del gobierno? Yo soy un leñador...*

Más tarde tuvo un socio. Compró hacienda. Crió vacas. Ensanchó sus dominios.

Sembró trigo y alfalfa. Enriqueció en seis años aquella tierra inculta... A veces salía solo, a caballo, en silencio, galopando como si hubiera querido divertir al caballo. Con frecuencia, se detenía en los ranchos para hablar con los criollos y aceptarles un mate. Les hablaba cariñosamente, infundiéndoles ánimo. Los consolaba con el noble optimismo fraternal que florece en todo viejo solterón. Poco a poco, el cabello transformóse en nieve, y la barba, también. Un día le anunciaron que su socio, desde París, le estaba haciendo un pleito. Tiró el hacha con rabia:

— ¡Oh, dulce soledad! ¡Tú eres la única gloria de la vida!

¡Ah, sí! Pero, el personaje de Ibsen, al decir estas palabras, acariciaba entre sus manos la cabecita rubia de su hija...

El silencio de la estatua

El doctor Lisandro de la Torre ha vuelto de su viaje a la Luna.

¿A la Luna? Es lo mismo. Su ausencia en las sierras de Córdoba, ¿no equivale para sus admiradores a un fantástico viaje selenita? Seis años de ausencia han centuplicado su prestigio. Ha vuelto... La noticia corre por las calles. ¿Qué dice? ¿Qué piensa? Su viejo estudio de la calle Esmeralda abre nuevamente sus puertas cordiales a los amigos íntimos. El leñador serrano se ha quitado el poncho. Se recorta las púas de la barba... Ahora vuelve a

lucir su típica elegancia de Brummel aristocrático y porteño. A mediodía sale de su estudio rumbo al Jockey Club. En su círculo, todos lo rodean. Gran "causeur". Pero, es inútil. Sigue en su olvido total de las cosas políticas. Ha dicho adiós al mundo de sus sueños. Juró, solemnemente, no volver a soñar. Y lo cumple. Se ha traído dentro de las maletas el olvido de Córdoba. Dentro de esas valijas están, sin duda, todavía las sierras cordobesas, con sus campiñas verdes, con sus piedras enormes, con el silencio casto de sus cumbres en siesta.

Quizás dentro del poncho trae el hacha.

— ¿Es posible? Hay que verlo.

Me recibe gentilmente en su casa. Voy con el doctor Ricardo Bello, alma del partido Demócrata y talento vibrante de conductor de juventudes. En su sala-escritorio, el doctor De la Torre me hace el honor de presentarme a don Felipe Arana. En seguida me dice:

— ¿Un reportaje?

— No, señor. Quisiera, simplemente, pedirle algunos datos.

Muy serio, muy áspero, responde:

— *Discúlpeme, señor. No me pida usted datos. Le ruego que no escriba ni una sola línea sobre mí. A nadie le interesa mi existencia. Prohibo que se ocupen de mí.*

— *Usted, doctor — arguyo, — es un hombre que por su actuación descollante en la vida argentina pertenece al país. Podrá usted negarme los datos que le pida, pero no puede usted oponerse a que la historia cumpla su deber. Los cronistas, doctor, somos los mozos de cordel de los historiadores.*

Permanece adusto, con el ceño fruncido, tecleando con los dedos sobre el brazo de su sillón de marroquí. El doctor Bello acude en mi favor.

— *En realidad, doctor, usted se debe al país, se debe al pueblo, se debe a la conciencia nacional. Toda la República tiene los ojos fijos en usted.*

El doctor De la Torre lo mira reciamente, casi con ganas de gritar en voz parlamentaria.

— *Yo quiero seguir viviendo en el olvido. No quiero que nadie...*

Insisto:

— *El público, doctor, es insaciable, delicioso y doméstico. Nos exige noticias. Pide datos. ¿Puede usted negármelos? Por ejemplo: ¿dónde nació usted?*

— *No se lo diré.*

— ¡Doctor!

— *Aprovecharía usted mi respuesta para escribir: "Hablando con el doctor Lisandro de la Torre, me dijo que..." No le diré nada.*

— *Muchas gracias, doctor. El periodismo moderno no necesita de esas artimañas. Soy profesor de dignidad. Sin embargo, debe saber usted que circulan datos antagónicos sobre su biografía. Hay quien asegura que usted nació en Rosario. Otros afirman que es usted uruguayo.*

— ¡Bah! ¡Que digan lo que quieran! No me interesa...

(Don Felipe Arana se retira. Entra el diputado nacional Laureano Landaburu. La conversación va por nuevos caminos. Alguien interroga al doctor De la Torre si piensa regresar pronto a Córdoba. Mueve la cabeza en un gesto de indecisión, indefinido, de disgusto. Habla, con placer, de la riqueza del suelo cordobés. De inmediato calla, mirándome de reojo y acariciándose la barba. Yo me pongo de pie. Sería en vano insistir. El doctor De la Torre me ha vencido en su ley. De acuerdo con sus deseos no he podido hacerle un reportaje. No me llevo de su boca ni un detalle biográfico siquiera. ¡Nada!... Pero ¿qué importa? ¿Es necesario, acaso, que las estatuas hablen? El silencio de Lisandro de la Torre me emociona más que todas las palabras que pudiera decirme. Huraño, hosco, campesino, me tiende la mano con resignación. ¡Hombre singular! Sabe Dios qué extraño destino patriótico ha de ser el suyo. Mientras lo saludo, pienso que es el único hombre que logró romper la impasible serenidad de Hipólito Yrigoyen. Hace más de treinta años, los dos se batieron en el terreno del honor. La barba blanca del doctor De la Torre esconde todavía la huella de aquel lance...)

En la puerta de calle un hombre hace señales enarbolando una bandera roja. Es el portero de la Asistencia Pública. Anuncia que sale una ambulancia...

Loiza Reilly